

Dr. Alejandro Schneider

Universidad de Buenos Aires
Universidad Nacional de La Plata

El propósito de esta ponencia es comentar algunos avances de la investigación en curso sobre las relaciones que se establecieron entre la clase obrera y la izquierda en la década de 1970 en la Argentina. En particular, aquí se aborda algunas de las principales problemáticas que surgen en torno a los orígenes y a los primeros años de actuación del Partido Socialista de los Trabajadores (PST) entre 1972 y 1976.

La presente investigación no está concebida en torno a la realización de una historia de su desempeño y actuación en el ámbito político sino que nos interesa analizar diversas problemáticas sobre lo que significaba ser militante en esa época y en esa organización. Se busca reflejar y transmitir cómo sus miembros sentían y entendían la misma. Asimismo, es parte de nuestra preocupación el examinar la procedencia social, familiar, política y sindical previa al ingreso de ella. No menos importante es comprender los factores que incidieron en la elección para organizarse en dicho partido.

Otro punto de estudio es tratar de esbozar algunos lineamientos que nos permitan entender cómo era su vinculación con el movimiento obrero. Lejos de aceptar la idea de una clase trabajadora impermeabilizada por una fuerte ideología peronista incapaz de considerar otras alternativas, opinamos que ésta tuvo una importante apertura hacia diversas propuestas de la izquierda. Para el desarrollo de la investigación se recurrió al uso de testimonios orales. Las entrevistas se emplearon como herramienta para lograr, sobre todo, una mejor comprensión de la cultura militante. En este sentido, a través de veinticinco entrevistas semiestructuradas de final abierto, se buscó privilegiar la voz, la experiencia y los sentires de los simpatizantes, los integrantes de base y los cuadros medios del partido. No obstante, también consideramos, a manera de

control, los argumentos de algunos dirigentes y de jóvenes procedentes de la pequeña burguesía que se incorporaron socialmente en la clase trabajadora.

I.

Las organizaciones trotskistas se hallan presentes en la historia argentina desde fines de la década de 1920. El origen del PST se remonta hacia 1943 cuando su fundador y principal dirigente, Nahuel Moreno, funda el Grupo Obrero Marxista (GOM). En 1965, tras diversos cambios tácticos, esta corriente se fusionó con el Frente Revolucionario Indoamericanista Popular (FRIP) conformando el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Poco tiempo después, en 1968, este espacio se dividió en dos sectores: PRT (El Combatiente) y PRT (La Verdad). En 1972, este último sector, se unificó con un pequeño grupo liderado por Juan Carlos Coral proveniente del Partido Socialista Argentino dando origen al PST.

Para esta corriente política, la construcción partidaria se hacía tanto en el ámbito nacional como internacional. De ahí que ésta fuera considerada como una tarea de primer orden, en donde toda la militancia participaba de manera activa en las discusiones y en las actividades relacionadas con el tema. De este modo, el PST, en 1973, intentó construir una dirección alternativa dentro del Secretariado Unificado de la Cuarta Internacional. Para eso, estableció un acuerdo con el Socialist Worker Party (SWP) de Estados Unidos y otros grupos, originando la Fracción Leninista Trotskista (FLT) con el fin de polemizar con las organizaciones lideradas por Ernest Mandel. Sin embargo, la experiencia en la FLT fue efímera. Esta se dividió durante 1975 por las diferencias suscitadas en torno a la Revolución de Portugal en 1974 y las características que debía poseer la organización en el plano mundial. En el año 1976, el grupo dirigido por Moreno se unió con una serie de partidos de América Latina y de Europa para fundar la Tendencia Bolchevique.

II.

Como se ha mencionado, el PST fue producto, en gran medida, de una corriente política que se remontaba desde mediados de la década de 1940. De ahí que, en sentido estricto, la organización estuvo integrada por dos sectores

de militantes cuyos orígenes y experiencias históricas fueron distintas. Por un lado, con activistas que se incorporaron a ella desde sus comienzos y durante las décadas de 1950/1960. Por otro, con miembros que ingresaron como resultado del alza de conflictos que se abrió con el Cordobazo en 1969. Este último sector conformó la mayoría de su militancia. Esto no significa que no haya habido una integración entre ambos sectores. La militancia diaria, las escuelas y las reuniones de célula generaron una rápida amalgama entre sus miembros. En esta ocasión, sólo nos detendremos a considerar a este último sector de protagonistas.

Un análisis de la procedencia social de esta última camada permite decir que estuvo compuesta por estudiantes de colegios secundarios y universitarios, obreros, empleados estatales, entre otros. La mayoría de los miembros que ingresaron, en esta época, al igual que en el conjunto de las organizaciones de izquierda, fueron activistas jóvenes. En el caso de aquellos que provinieron del movimiento obrero se puede inferir que su presencia tendió a aumentar a partir de 1973, cuando la organización logró afianzarse en las fábricas y en los barrios del Gran Buenos Aires.

De acuerdo con los datos obtenidos, nos encontramos que un número importante de estos militantes no había nacido en la zona donde trabajaban o vivían sino que, por lo general, habían migrado de otras regiones del país o eran del interior de la provincia de Buenos Aires. En no pocos casos el traslado migratorio había ocurrido durante la adolescencia. Si bien con frecuencia las migraciones se registraron a raíz de dificultades laborales en el ámbito familiar; no pocas veces, también, se produjeron estos traslados por problemas de vivienda. De ahí que, en forma reiterada, a lo largo de las entrevistas se rememoren los problemas que causaban las mudanzas por los costos de los alquileres. Por otro lado, algunos adquirieron su propiedad una vez que lograron independizarse de sus padres y tuvieron un trabajo efectivo. Además, la gran mayoría de los entrevistados eran la primera generación de argentinos. Elementos que, en parte, conformaron el substrato material y cultural que amalgamó a un significativo sector obrero nacido bajo el desarrollo industrial

de las décadas de 1950 y 1960. En cuanto al grado de educación alcanzado, en general, habían finalizado los estudios primarios, no así el nivel medio. Un número significativo de trabajadores se hallaba cursando el nivel secundario en escuelas nocturnas y, unos pocos, estudiaban en la universidad.

Los estudiantes provenientes del ámbito universitario y secundario integraron otro grupo importante dentro de la organización. Fue uno de los sectores más dinámicos en cuanto a su crecimiento. En este caso, es más difícil establecer criterios de homogeneidad en cuanto a su procedencia social. En general, aunque no siempre fue así, provinieron de hogares de la pequeña burguesía en el caso de militantes de la Capital Federal. Ahora bien, no era ésta la situación de aquellos jóvenes que ingresaban en el Gran Buenos Aires, quienes pertenecieron a franjas más pobres de la población. En cuanto a la escolaridad, la mayoría de los entrevistados estaban cursando algún tipo de estudio, por lo general, en colegios secundarios. No podemos decir lo mismo con respecto a su ocupación, ya que encontramos que un significativo número de la muestra se hallaba desocupado en el momento de incorporarse a la militancia. En este sentido, esta condición laboral no era vista como algo preocupante como en el presente, ya que la misma era posible porque, en gran parte de los casos, los gastos eran sorteados por la familia. Lo notable es que muchos de ellos, al ingresar al PST comenzaron a preocuparse por buscar un empleo y tender a la autosuficiencia económica. Numerosos protagonistas recuerdan las “discusiones” que les hacían sus “responsables” en sus “reuniones de células” sobre esta cuestión. De idéntica forma, rememoran que estas pláticas, por lo general, estaban relacionadas con el sostenimiento de la organización, lo que comúnmente se denominaba el tema de las “cotizaciones”.

Con respecto a este punto, es interesante destacar una cuestión: la proletarianización de los estudiantes. Desde sus orígenes, esta corriente consideró relevante enviar aquellos jóvenes provenientes de la pequeña burguesía a insertarse en un medio obrero. En otras palabras, la idea central era que se integraran tanto laboral como socialmente en la clase trabajadora para poder construir ahí el partido. En este sentido, es notable observar como se relacionan

la memoria, con el tiempo presente y la política “oficial” postulada por esos años. Puesto que, de acuerdo con testimonios de dirigentes y de documentos, no se sostuvo, en esa época, desde los órganos de la dirección nacional, una política de proletarización. No obstante, la mayoría de los entrevistados, tanto militantes de base como cuadros medios, aseveran lo contrario: “vos sabías que en la juventud ibas a estar un tiempo y que después te ibas a proletarizar”. Es obvio que esto implicaba una cierta conciencia sobre lo que significaba la integración en la clase. Un ex miembro de la organización reflexionaba sobre el tema:

P.: ¿Había una política de proletarización? ¿De qué los jóvenes fueran a las fábricas?

R.: Eso sí. Eso seguro, justamente a partir de la cotización se planteaba toda la cuestión de la proletarización. Eso sí, era seguro. No era tan abiertamente... por el momento de entonces. Eso se planteó, sí, sí. Yo creo eso se planteó en varias oportunidades, inclusive dentro de las discusiones dentro del '75. A parte porque era la única manera de poder entender la cotización, por eso lo de la proletarización. Pero ojo, no sólo desde el punto de vista de la cotización, o sea, es una estupidez decirlo que sólo era desde el punto de vista económico, sino por tomar conciencia por la lucha de clases, era la única forma.

P.: ¿La proletarización era en fábrica o en cualquier trabajo?

R.: No, lógicamente la inserción era dentro de las fábricas. Lo que pasa, que en aquel momento era mucho más fácil proletarizarlo al tipo, meterlo en una fábrica. Vos salías de ésta y entrabas en la otra, [en] eso no había drama. Inclusive con antecedentes o no antecedentes. Principalmente, en la zona de Pilar no había drama.”

Es posible que esto también dependiera de las regionales en donde se militaba (por ejemplo: Norte del Gran Buenos Aires) o de la situación particular de cada uno. Al respecto, un entrevistado relató su experiencia:

“...me estructuro en el movimiento obrero porque estaba en el ambiente, se veía digamos, en el movimiento estudiantil, que era uno de los lugares donde había que ir..., había una avidez bárbara, además, estaba muy estrecha la unidad del movimiento estudiantil con el movimiento obrero, así me planteo ir al movimiento obrero. [...] La decisión de irme a trabajar a la fábrica fue por los propios acontecimientos, la lucha de Petroquímica, se discutía en el movimiento estudiantil, se hacían asambleas conjuntas de estudiantes y obreros... [...] me acuerdo de una

asamblea que se hizo en la Facultad de Ciencias Naturales, se discutía sobre Petroquímica... y yo ya había tenido la decisión de ir al movimiento obrero y un poco esa asamblea me decidió porque se discutía tan teórico sobre el movimiento obrero, creo que me paré e hice un quilombo [*risas*] era tanta teoría sobre el movimiento obrero en la asamblea, y no fui más..., entonces me dijeron de un compañero, Mario, él se encargaba de avisar a los compañeros donde había trabajo...”

Ahora bien, independientemente de cómo se haya dado la inserción en la clase obrera, ésta trajo importantes consecuencias para la propia militancia. La proletarización no sólo implicaba el crecimiento en determinadas fábricas que se consideraban vitales para la construcción partidaria sino que también era una parte fundamental en su proceso de aprendizaje como militantes. En este sentido, la estructuración en la clase trabajadora retomaba los principios que identificaba a esta corriente trotskista desde sus orígenes. Por último, entre otras cuestiones, se consideraba -aunque no como pauta escrita- que aquel militante proveniente de la pequeña burguesía que se proletarizaba estaba dando los primeros pasos para convertirse en un futuro cuadro.

III.

Uno de los interrogantes que ha guiado la presente investigación fue el de analizar los motivos que intervinieron para ingresar en una organización de izquierda y no en otra; en este sentido, las respuestas fueron múltiples. Las adhesiones ideológicas o políticas que *a priori* profesaban los militantes que se incorporaron al PST fueron de una amplia gama. No obstante, hemos tratado de encontrar algunos denominadores en común. En particular, estos se observan en el caso de aquellos miembros de extracción obrera. En cuanto a la adhesión por parte de los estudiantes, las circunstancias que operaron para decidir su incorporación fueron más variadas y eclécticas y, por el contrario, ésta era -en su mayoría- su primera experiencia en una corriente política.

De acuerdo con el relevamiento realizado, la mayoría de los obreros que ingresaron al partido guardaban una simpatía sindical y/o política previa con el justicialismo. Algunos de ellos habían participado en los años de la Resistencia durante las décadas de 1950 y 1960. Numerosos son los relatos que recuerdan la

“decepción” que significó el regreso del mismo al gobierno con las medidas que implementó. Un obrero, antes peronista, nos relató su experiencia:

“P.: Recordás ¿qué hecho te hizo cambiar de posición?

R.: Bueno, incidieron varias cosas, entre otras es que me empiezo a enganchar con la cuestión del periódico, con sus posiciones, tenía una línea muy clara. Denunciaba a Perón, o sea, todo lo que vos no escuchabas que decía el viejo. Bueno, decías vos ahora, bueno ahora Perón después del 20 de junio, después de lo de Ezeiza, se va a sentar acá. Estábamos todos frente a la pantalla del televisor, con mi viejo, y Perón no explica, no dice ni a, con lo que pasó en Ezeiza. A partir de ese día no creí más en Perón... [...] A partir del 20 de junio yo rompo con el viejo. Para mí Perón muere, ¿por qué? Porque para mí era una cuestión de traición. Simplemente una cuestión de sentimiento, una traición porque todo lo que había prometido, toda la ilusión. Lo mío era una cuestión más primitiva, tal vez, menos racional; o sea, vos me prometiste, me diste la palabra y me fallaste, como amigo. No lo veías como una cuestión política. Yo no lo veía como una cuestión política, lo veía como cuestión personal. Yo te diría simplemente el tipo había prometido, en un momento, un montón de cosas y llegado el momento no lo cumple, están los López Rega. Bueno, lo que vos sabes, la Triple A, las persecuciones...”

Esta reflexión sobre lo que acontecía en esos años también se reitera entre otros protagonistas. Para algunos el proceso de ruptura con el peronismo se elaboraba a partir de una caracterización de los acontecimientos políticos. La siguiente entrevista, a un ex obrero de la fábrica FATE, ilustra estos cambios:

“P.: ¿Qué te hizo elegir el PST y no el peronismo?

R.: Yo no era un militante peronista, simplemente era un simpatizante y con muchas dudas. Lo que a mí llevó a acercarme al PST es fundamentalmente la cuestión política. ¿Por qué? Porque allí me hizo ver, que en verdad, por ejemplo, la lucha nuestra, la lucha contra la patronal, lo de Gelbard, que era bien claro. Gelbard era, a parte de ser ministro del gobierno peronista, uno de los integrantes del directorio de FATE. Es decir, que para alguien que conoce eso es claro, que eso te define claramente que la política del peronismo no es obrera, para nada, en absoluto. Además, era peronista porque mi familia y todos los trabajadores eran casi peronistas, la mayoría, más el trabajador que venía del `60 en adelante, toda la resistencia se dio en función de los trabajadores peronistas...”

Según los testimonios relevados, se observa otro elemento particular que intervino como factor para ingresar al PST. Nos referimos al hecho de que un grupo significativo de militantes contaba con una práctica gremial previa, en algunos casos, habían sido o eran delegados o miembros de comisiones internas al momento de su incorporación. En este sentido, quizás, lo que haya actuado como nexo fue que la prédica política del PST (o tal vez, la izquierda en general) presentó una mayor aceptación en los trabajadores que tenían experiencias como activistas sindicales. No obstante, no contamos aún con un número importante de entrevistas que nos permitan reafirmar de manera categórica esta hipótesis.

Con respecto a los estudiantes provenientes de la pequeña burguesía los motivos que determinaron su ingreso fueron aún más heterogéneos. Algunos recuerdan que se hacían largas discusiones teóricas sobre las diferencias mantenidas con otras tendencias de izquierda, sobre todo, con las guerrilleras y con las maoístas.¹ Sin embargo, en la mayoría de las ocasiones, ya fuese en el trabajo o en la universidad, siempre hubo un factor o una serie de elementos que actuaron para que se llegara al umbral de la necesidad de ingresar a la organización. No pocas veces, incidió el tratar de encontrar una respuesta a una situación de injusticia que se vivía. Como recordó, con bronca, un militante: “...yo decía laburé, en todos lados, estudié, me rompí. Hice esto, lo otro y me terminan echando del colegio, entonces esto es totalmente injusto...”

En ciertos casos, a pesar de encontrarse el protagonista en un ambiente altamente politizado, intervinieron hechos que respondieron más a un proceso vivencial que a una interpretación de línea teórica. El siguiente testimonio de un ex estudiante de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires es elocuente en esta cuestión:

“...en el ‘74, antes de la muerte de Perón hubo un intento de toma de los fachos de la facultad. Ahí, ese fue un momento muy importante en mi vida para el ingreso al PST. ¿Por qué? Porque yo ese día voy a la facultad, porque creo que tenía clase o qué mierda, a la tarde, estaba cursando y nos encontramos con este intento de

¹ Esto no significa que dentro del proceso de captación en el movimiento obrero no hubiesen habido discusiones teóricas.

toma, por grupos, digamos, de la derecha. [...] La que la había tomado, que fueron no sé, habrá sido una hora y media, y después entramos todos los estudiantes... En ese, en ese entrar, con todos los estudiantes, con esta piba que era de la Juventud Socialista, y que, casualmente estaba sola, porque no había otra gente en ese momento, porque era de tarde, era muy raro para que estén las agrupaciones, y que entramos toda una masa de estudiantes y toda esa entrada, que, venía pesada, porque podían cagarnos a tiros. No sabíamos que había adentro, estábamos todos desarmaditos ahí... [risas]. Porque ahí no estaba el aparato de los montos, no estaba ninguno de los aparatos de las organizaciones, o sea, que sabíamos que si nos cagaban a tiros, nos cagaban a tiros, era así de tranqui. O sea, que personalmente, viste, era una cosa muy densa. [risas] Sobre todo para alguien que la política lo estaba viendo de pasar de costado... este, entrar ahí, entrar ahí con esta mina... que yo estaba con un cagazo bárbaro, y la compañera esta me dice... y todos empiezan a cantar, no me acuerdo que consigna... viste... que se yo... y yo iba mudito, y así todo apretadito... y la piba me dice... 'cantá, cantá que te va a hacer sentir menos solo', me destrozó [risas]... pero me entendés me destrozó personalmente... [...] como que unirme a la gente luchando en masa, [...] no pasaba por lo organizativo político, pasaba por una cuestión elemental y humana, me entendés... como que la militancia no era una cuestión... de este oh... los militantes... Oh... esa especie idealizada, viste, que también jugaba esa cierta simpatía por la guerrilla, oh... el héroe, oh... el dirigente, oh... el cuadrito, ohhh... No, era una cosa elemental y de todos los días, era acá estamos recuperando la facultad y nos pueden cagar a tiros, entonces 'no te cagues y cantá como todo el mundo, se parte de la masa...' Entendés, es decir, tener la noción de la acción de masas, en vivo y en directo, no porque te la cuentan, entendés no por ese razonamiento intelectual... oh... las masas, esas elucubraciones de izquierda, no. Ser parte de la masa concreta, en ese caso masa estudiantil, tan masa como cualquier otra, que actúa en masa [risas]. [...] Me dio, en esos cinco minutos, me dio una clase de política de aquellas..., y bueno. A partir de ahí la discusión con esta piba cambió totalmente de curso..."

Nótese como este testimonio ilustra, en forma nítida, el contexto político de la década antes planteado. Asimismo, se observa cómo diversas situaciones "límites" pueden llegar a generar un proceso de radicalización mucho más veloz -quizás, hasta más efectivo- que la propia "lectura" y "comprensión" de los "clásicos" autores del marxismo.

IV.

Como se puede inferir a través de los relatos, los documentos y los periódicos, el PST intentó construirse en la clase obrera. En esto consistió la denominada “construcción partidaria”. Así lo expresó un viejo militante: “la corriente a través de su historia tuvo una política de dirigirse e integrarse al movimiento obrero porque esa es la razón de ser del trotskismo”. En este sentido, esta orientación impregnó a casi todas las acciones del grupo. De este modo, la intervención en las labores gremiales como la captación de militantes en las fábricas fueron los principales ejes de actividad que signaron esos años. Sin duda, es complejo trazar un panorama íntegro sobre este tema. En él intervinieron tanto factores coyunturales históricos como las situaciones particulares que se manifestaban en cada establecimiento. En este ámbito se conjugaban la presencia de la burocracia sindical, la participación de otras agrupaciones y/o corrientes de izquierda y las características que poseía la propia empresa. Al respecto, un obrero nos ilustraba:

P.: ¿Cómo se captaba en la fábrica?

R.: Eran discusiones muchos más abiertas, habían discusiones por el Pacto Social, por la cuestión del peronismo. La cuestión del peronismo era una discusión bastante difícil, era una discusión de vanguardia. Digamos, un período del '72, '73, mediados del '74, era una discusión muy difícil porque era el auge del peronismo, entonces hasta que no saltó lo del Pacto Social fue difícil. Hasta el '74, por ahí, los montos estaban con todo apoyando a Perón, con todo eso, esa discusión era muy difícil, una discusión muy dura, era de vanguardia. El que captábamos era de fierro. Una discusión muy fuerte por toda la influencia del peronismo en ese tiempo. Era de masas, por todo lo que significaba la vuelta de Perón, era una discusión muy difícil. En la fábrica era muy difícil también militar, había períodos que nos agarrábamos a piña con la discusión con los montoneros, con la propia burocracia, con los propios montoneros.

P.: ¿Los montoneros y la propia burocracia?

R.: No, ni siquiera la propia burocracia, sino directamente que eran con los propios montoneros. Digamos que esto fue en el tiempo de auge del '73 a '74, después fue más fácil. Pero en el '73, '74 fue una discusión muy de vanguardia que era difícil, muy política, basada en la cuestión del Pacto Social, en la denuncia de Perón, el Pacto de Lanusse, con Balbín... Hay que tener muchos argumentos, ¿no?, muchos argumentos políticos...

P.: ¿Discutían los argumentos políticos en la reunión de célula?

R.: Sí, sí a fondo. Aunque en la reunión de célula se discutían también las cuestiones de fábrica, de táctica, lo que pasaba en tal sección, en tal turno, como actuar en tal caso, los detalles más finos...”

En algunos casos, como el que relata el siguiente protagonista, las discusiones se encaraban a partir de problemas cotidianos para continuar con cuestiones atinentes al tema del “poder”:

“P.: ¿Cómo se captaba ahí?

R.: Mirá nos acercábamos a los compañeros en la fábrica por cosas que siempre faltaban como los guantes, los zapatos con puntas... Entonces hablábamos con ellos y empezamos desde las cosas sencillas. A partir de ahí, hablábamos de todo, de la burocracia, de la patronal, del Pacto Social, eh? Después que lo empezábamos a acercar, le explicábamos porque había que hacer un partido de trabajadores... Yo les decía: si nosotros trabajamos, entonces nosotros tenemos que gobernar... [...] Lo que pasaba es que había mucha decepción en la gente, habían confiado que con Cámpora o con Perón los problemas se iban a terminar... [...] Era una lucha muy dura, era una pelea muy dura con la JTP que pese a todo defendían el Pacto Social...”

Asimismo, para que diese fruto la tarea de captación intervenía la cuestión de la calidad del militante en el propio lugar de trabajo. Esta consistía, sobre todo, en el comportamiento que desarrollaba con sus compañeros. La solidaridad, la honestidad, la integración en las actividades sociales eran elementos que se tomaban en cuenta. Por otra parte, esto no era sólo válido para aquellos individuos que provenían de la pequeña burguesía sino que también era parte de la propia formación de los obreros que se captaban. No fueron pocas las veces que estos últimos tendieron a aislarse de su propio medio social, convirtiéndose en “aparatos”, lo cual generaba problemas en su integración.

Con respecto al proceso de captación, otros de los tópicos que se hallaba presente eran las relaciones entabladas con las otras corrientes. En particular, con la Juventud Trabajadora Peronista (JTP) y con los grupos guerrilleros, sobre todo con el PRT. No obstante, corresponde realizar una distinción entre ambas tendencias como lo indican la mayoría de los testimonios. En el caso de la primera organización, la mayoría de los entrevistados no dudaron de calificarla

de manera negativa. Ya sea por la soberbia que expresaban ('tenemos derechos por los millones de votos que sacamos', 'vos callate que son cinco gatos locos') hasta por las actitudes que tenían en los propios lugares de trabajo "era más jodida que la propia burocracia", "era imposible discutir con ellos, la relación era de cien a uno", "eran una nueva burocracia, por los métodos que tenían [...] nos tapaban la boca si podían". Era evidente que la actitud manifestada por la JTP expresaba que no podía desplazar al PST por medio democráticos. En cambio, la visión que se tenía sobre el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) era distinta. La apreciación sobre este grupo fue más heterogénea. Una posible hipótesis que explique este fenómeno quizá se encuentre en el origen marxista de ambas organizaciones. Sin embargo, uno de los elementos que se observa es que la visión tendió a ser más negativa en los miembros que experimentaron la ruptura de 1968. Por el contrario, los que ingresaron cuando el PST se hallaba constituido tuvieron una imagen más positiva. Claro que esto no enuncia la totalidad de los casos y, posiblemente, esta evocación se halle distorsionada con la perspectiva que se tiene desde el presente.

V.

Uno de los nexos fundamentales que intervino en las tareas de captación como en la formación, preparación y discusión política de los militantes fueron las reuniones de células y las escuelas o cursos de estudios. Cada una de ellas presentó modalidades diferentes. Las mismas fueron cambiando acorde a la situación coyuntural que se vivió durante esos años. Al igual que en otras organizaciones de izquierda, estas reuniones fueron cada vez más reducidas y semiclandestinas (por fuera de los locales) ante los ataques de los grupos paramilitares del gobierno peronista. Por lo que respecta a las primeras, en general, se hacían de manera semanal y discutían un temario que constaba básicamente de cuestiones internacionales, nacionales y de organización de las actividades. Un ex militante obrero nos ilustra sobre esta cuestión:

P.: ¿Cómo eran las reuniones de célula?

R.: Eran largas, eran interminables. Al principio, viste, una de las cosas que no tenés que hacer con los compañeros nuevos, es tenerlos cuatro horas de reunión. Un fin de semana todo entero, la gente se termina cansando...

P.: ¿Qué discutían en las reuniones?

R.: Se empezaba a discutir la política internacional, la nacional... Claro, muy, muy de partido, muy estructurado y que llega uno nuevo. Me acuerdo, que en los primeros meses que estuve ahí me tiran, me tiran, toda una discusión con Lora, de Nahuel Moreno con Mandel, y no era una discusión simple.[*risas*] Un obrero no puede leer eso, era un tomo así [*hace gesto de grueso*] mimeografiado, de cosas que vos no entendés, de hechos, por ejemplo, que decía 'Bakunin en su momento...' o allá 'Kautsky dijo...' entonces que mierda me importa, no lo leí nunca. '¿Cuándo me dijeron que tal?', Uy... bárbaro, bárbaro... [*risas*]... lo estoy leyendo todavía... '¿me lo vas a devolver?' Después lo devolví, pero nunca lo toqué. El que sí había leído era *Mi Vida* de León Trotsky, eso sí porque la primera parte es anecdótica, vos la lees bien, después cuando viene la parte política vos te empezás a aburrir y no tenés ni idea. Después de discutir internacional, pasabas a la nacional. Ahí leíamos *El Combatiente* para discutir también, lo mismo hacíamos con los diarios de los Montoneros, o *Liberación*... después a discutir la cuestión sindical. Pero eran reuniones de cuatro horas, era todo un sábado a la tarde..."

El siguiente protagonista nos relata cómo se tuvieron que realizar las reuniones cuando la represión comenzó a formar parte de la vida cotidiana del militante:

"...las primeras reuniones de equipo que fui, que fue a poco de entrar en la colimba, estaba en la colimba, en el primer franco de la instrucción, eran unas quince personas, más o menos, en un departamentito, con *entrada tabicada*, te hacían una cita..., ya en esa época, es decir se funcionaba con cita con mecanismo de seguridad. O sea, se hacía una cita en un determinado lugar con quien me llevaba, se pensaban *minutos*. Una excusa para dar, si te paraba la cana y te pedían documentos. Qué carajo estabas haciendo ahí, de donde lo conocías, de donde venía y a donde ibas, digamos. [...] Eso ya en el '74, me acuerdo en septiembre del '74, en octubre del '74, antes de entrar al partido, con esta compañera, que me captó, me acuerdo, de haber ido charlando de este tema caminando en una plaza y lo primero que me dice, 'cuando llegamos a la plaza, cualquier cosa, que nos pare la cana, vos me levantaste hace un rato, no me conoces, ta, ta, ta, porque yo digo que vos no me conoces, me levantaste acá, y estamos boludeando'. Es decir, ya en esa época octubre de 1974, ya había medidas de seguridad. Lo mismo para ir a las reuniones. Te parabas a un lado, y éste que era el que conocías te llevaba a un lugar, pidiéndote que no miraras, que miraras el piso y esas medidas después se usaron en la dictadura. Ya había medidas de

seguridad muy estrictas, en ese momento, después, en la época de la dictadura, llegó a ser de cinco minutos. En esa época, si alguien no venía, en diez minutos, se levantaba la reunión. Si alguien tenía que ir a esa cita, y no aparecía, diez minutos, ya no se esperaba a nadie...”²

Por otra parte, como se desprende de este testimonio, el aprendizaje partidario no se daba sólo en las reuniones de célula, o con la experiencia que se adquiría en los lugares de militancia; sino que, el estilo y la formación de los miembros era un proceso dinámico que se desarrollaba en forma cotidiana. Esta práctica se consolidaba, en forma complementaria, con las “escuelas” o cursos de estudios que -por lo general- se impartían durante las vacaciones de verano. En ellas, se discutían cuestiones de teoría y de programa. Además, se las dividía en dos niveles. El primero de ellos era un “cursito” básico sobre contenidos que se los consideraba “elementales” como el *Manifiesto Comunista* o *El Programa de Transición*. Estas eran dadas a los nuevos militantes. El segundo nivel era un seminario que versaba sobre aspectos teóricos o programáticos; tales como la teoría de la Revolución Permanente, las Tesis de Feuerbach, de lógica marxista, entre otras. Estas escuelas las realizaban todos los miembros en diferentes turnos. Como explicó un entrevistado:

“...las escuelas por lo general duraban una semana. [...] En ellas había mezclas con compañeros de diferentes regionales. Algunas eran difíciles, algunas eran complicadas, eran abstractas... [...] me acuerdo una vez, teníamos una de economía y estaba el viejo Justo [...] entonces explicaba, yo tenía dudas, el viejo explicaba, yo decía que para mí la cosa no era así, y dijo: ‘bueno, pase compañero’. Yo decía que esto no era así, era así... ‘ah... bueno, siéntese compañero; mire compañero, en el capítulo tres, del tomo tal, párrafo tal del *Capital*, Marx dice esto, esto, esto, esto, esto’ [risas] y se despachó como media hora. Entonces, no me convenció, pero tampoco yo no tenía respuesta para decirle algo, no iba abrir la boca, nunca más abrí la boca, estuvo media hora para explicarme el párrafo pero me quedé con dudas...”

² En el vocabulario de las organizaciones de izquierda el término “entrada tabicada” significaba que no era conocido o público el lugar. En cambio “minuto” aludía a un descargo, previamente acordado, que se empleaba ante los interrogatorios de las fuerzas de seguridad.

Por lo pronto, como se ha indicado, las “escuelas” cumplieron, también, la función de mitigar la distancia entre los miembros de la organización (las diferentes generaciones que lo componían), a la vez, sirvieron como lugar de intercambio de aprendizajes de experiencias entre distintos sectores de la actividad partidaria.

VI.

La militancia transformó a aquellas personas que se incorporaron a los grupos políticos en esos años. Así pues, es normal observar que cada corriente dotó a cada uno de sus integrantes de determinadas características particulares. Estas se expresaron en hábitos, pautas y normas no escritas. Comportamientos tales como la solidaridad, la honestidad en las relaciones, el esforzarse en la actividad asumida, el compañerismo, entre otras, fueron criterios que adoptó la organización a lo largo de su trayectoria. El contacto permanente con la clase obrera, y ser parte de ella, le permitió a esta corriente desarrollar estos rasgos en su conformación. Sin embargo, también por tratar de vincularse o identificarse con la misma le acarreó ciertos hábitos que incidieron en su actividad. Uno de éstos fue la tendencia “sindicalista” de muchos de sus miembros por la cual se le concedía más atención a las cuestiones inmediatas de los lugares de trabajo más que a la “construcción” de la organización. Sobre el particular un obrero reflexionaba:

“...me arrepiento, por ejemplo [...] cuando me decían: ‘armá un equipo’ y vos te crees Superman, que hacés toda, porque tenés toda la gente que te apoya y no te das cuenta que... [...] Más de una vez me decían ‘armá un equipo adentro’ pero... también hay que ver con quien lo armás. Aparte yo no he tenido herramientas en ese momento, digamos, herramientas ideológicas, o no me daba cuenta. [...] Entonces, cuando te decían ‘hacé equipo’, vos decías ¿para qué? Si todo el mundo me apoya. Lo que no sabés, que como contrapartida, que ellos sí [*por la burocracia sindical*] lo tenían. Por ejemplo, avisarte que ellos tienen un equipo...”

Como se desprende del testimonio, esto no era un problema de un determinado militante sino que también reflejaba prácticas del momento. Este era un problema consciente, durante aquellos días, como así lo atestiguan algunos documentos partidarios que aludían a estas dificultades. Era parte del

contexto social y político de la militancia. Posiblemente, la doble actividad que desempeñaban varios de sus miembros como delegados sindicales y militantes políticos contribuyó a generar estos rasgos.

Por otra parte, el uso de un determinado lenguaje o jerga entre las organizaciones de izquierda era un elemento que resultaba peligroso ya que permitía una fácil identificación ante la burocracia sindical y/o los organismos de seguridad. Además, el empleo de un cierto tipo de expresiones generaba apatía entre los trabajadores, factor que terminaba alejándolos de aquellos a quienes dirigían su prédica. Sin duda, todas estas cuestiones nos conducen al tema de la identidad que fue construyéndose durante esos años. Sin embargo, creemos que por la importancia que subyace en esta materia, implica que esta problemática sea tratada en otra ocasión.